



SANDRA LORENZANO



**El día que no fue
(fragmentos)**





UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COLECCIÓN VOZ VIVA

Enrique Graue Wiechers

Rector

Rosa Beltrán Álvarez

Coordinadora de Difusión Cultural

Myrna Ortega Morales

Secretaria de Extensión y Proyectos Digitales

Sonia Ramírez Saldívar

Voz Viva



Ilustración de portada: Pedro Daniel Guerrero González

VV - 150

Primera edición: 6 de octubre de 2023

DR © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México,

Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán, C.P. 04510,

Ciudad de México.

ISBN 978-607-30-8184-9

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México.

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información
Nombres: Lorenzano, Sandra, autor. | Sicilia, Javier.

Título: El día que no fue (fragmentos) / Sandra Lorenzano ; presentación, Javier Sicilia.

Descripción: Primera edición. | Ciudad de México : Universidad Nacional Autónoma de México, 2023. | Serie: Voz Viva de México ; VV-150.

Identificadores: MULTIMEDIA 21190 | ISBN 978-607-30-8184-9.

Clasificación: LCC PQ7798.22.O82715. E5 2023 | DDC 863.7—dc23



SANDRA LORENZANO



**El día que no fue
(fragmentos)**

Presentación
Javier Sicilia



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

México 2023



Fotografía de Cecilia Núñez.



Sandra Lorenzano

Ensayista, narradora, poeta y crítica literaria. Nació en Buenos Aires, Argentina en 1960, y se exilió en México desde 1976. Doctora en letras por la UNAM. Es especialista en arte y literatura latinoamericanos. Ha publicado en revistas como *SinEmbargoMx*, *Literal Magazine*, *Revista de la Universidad* y *Babelia* del periódico *El País*. Entre su obra destacan los ensayos *Escrituras de sobrevivencia. Narrativa argentina y dictadura* —Mención Especial en el Premio Nacional de Ensayo Literario José Revueltas (2001)—, *Aproximaciones a Sor Juana* (2005) y *Políticas de la memoria: tensiones en la palabra y en la imagen* (2007); además de los libros de poemas *Herencia* (2009), *Vestigios* (2010), y *Abismos, quise decir* (2023) —Premio Clemencia Isaura de Poesía 2023— y las novelas *Saudades* (2007), *Fuga en mi menor* (2012), *La estirpe del silencio* (2015) y *El día que no fue* (2019). sandralorenzano.net





CONTENIDO

PRESENTACIÓN

Javier Sicilia 9

El día que no fue

(fragmentos) (01:22:20 min.) 15





PRESENTACIÓN

Javier Sicilia*

Sandra Lorenzano, el relato y la resistencia

Sandra Lorenzano nació en 1960, en Buenos Aires. En 1976, cuando tenía 16 años, la dictadura militar de Videla la obligó, como a tantos otros, a exiliarse. Desde entonces México ha sido su morada. Allí, en la Universidad Nacional Autónoma de México estudió la licenciatura, la maestría y el doctorado en letras. Allí también ha escrito una penetrante obra que se mueve tanto en la novela, como en la poesía y el ensayo.

Albert Camus decía que la obra de un escritor gira siempre alrededor de dos o tres ideas por las cuales su alma se abrió por vez primera al mundo.

*Javier Sicilia (CDMX, 1956) es escritor, periodista y activista social. Ha sido colaborador de *La Jornada* y *Proceso*. Entre otros títulos, es autor de las novelas *El Bautista*, *El reflejo de lo oscuro*, *A través del silencio*, *La confesión*; los ensayos *Cariátide a destiempo y otros escombros* y *Poesía y espíritu*, y los poemarios *Permanencia en los puertos*, *Oro*, *Trinidad*, *Vigilias*, *Resurrección*, *Pascua* y *Tríptico del Desierto*, Premio de Poesía Aguascalientes 2009.



En la de Sandra hay tres: el miedo, la ausencia y el relato –la memoria– como medio de resistencia.

Por ello, los textos que eligió para grabar esta emisión de Voz Viva de México no forman parte de una antología que recorre toda o una buena parte de su obra. Son, por el contrario, fragmentos de una de sus novelas, *El día que no fue*, publicada por vez primera en Alfaguara en 2019. En ella, que pertenece a lo que suele llamarse “literatura del yo”, los tres ejes de su obra están concentrados, entrelazados y desarrollados de manera magistral y conmovedora.

El día que no fue, es la historia de una ruptura amorosa cuya violencia lleva a su protagonista a recordar el dolor del exilio, de los cuerpos sometidos, confinados, torturados, desmembrados, desaparecidos por el poder bajo la dictadura argentina y bajo el imperio del Estado y del crimen organizado en México. Pero también es la narración que, mediante el recuerdo de la infancia, del deseo, del amor erótico, de los momentos de felicidad arrancados al tiempo, se opone a la narrativa unívoca del poder, al discurso que produce y justifica la violencia, el exilio y el miedo. Como lo



enseñaron Primo Levi, Jorge Semprún, Varlam Shalamov o Solzhenitsyn, para Sandra Lorenzano, profunda lectora de esos autores, narrar, en el sentido de recordar, es resistir, llenar la ausencia y borrar el miedo que el galimatías de la violencia impone a los cuerpos que amedrenta y cercena. Hay en este sentido, entre los pasajes de *El día que no fue* seleccionados por Lorenzano, momentos que me recuerdan a las madres de las víctimas que, junto al relato de la muerte o desaparición de sus hijos, llevan consigo otro, que aparece sintetizado en las fotografías que durante las protestas o los diálogos con el poder, cuelgan de sus cuellos, portan en camisetas o enarbolan pegadas en pancartas: los momentos dichosos, los de la alegría compartida, los de la vida misma que les pertenecía y les fue imbécilmente destrozada.

Mientras releía *El día que no fue* y escuchaba, en la voz prístina, exacta, pausada de Sandra los pasajes que eligió; mientras recordaba en ellos, no sólo su exilio, su miedo, sus alegrías, sus deseos, sus recuerdos dichosos, sino a través de ella los de las madres y los padres que acompañé y me acompañaron durante las largas marchas del Movimiento por la



Paz con Justicia y Dignidad, los de las madres de la Plaza de Mayo, los de las Buscadoras, los que guardan los poemas de Juan Gelman, de Raúl Zurita, los míos propios, los de las canciones populares que la misma Sandra cita en su relato y canta con una voz triste, melodiosa, como de niña, me vino a la memoria una historia que Gershom Scholem reproduce en su libro sobre la mística judía y que Giorgio Agamben utiliza para iniciar su libro *El fuego y el relato*:

Cuando el Baal Shem, el fundador del jasidismo debía resolver una tarea difícil, iba a un determinado punto del bosque, encendía un fuego, pronunciaba las oraciones y aquello que quería se realizaba. Cuando una generación después, el Maguid de Mezritch, se encontró frente al mismo problema, se dirigió a ese mismo punto del bosque y dijo: “No sabemos ya encender el fuego, pero podemos pronunciar las oraciones”, y todo ocurrió según sus deseos. Una generación después, Rabi Moshe Leib de Sasov, se encontró en la misma situación, fue al bosque y dijo: “No sabemos ya encender el fuego, no sabemos pronunciar



las oraciones, pero conocemos el lugar en el bosque y eso debe ser suficiente”. Y, en efecto, fue suficiente. Pero cuando transcurrida otra generación, Rabi Israel de Rischin tuvo que enfrentarse a la misma tarea permaneció en su castillo, sentado en su trono dorado y dijo: “No sabemos ya encender el fuego, no somos capaces de recitar las oraciones y no conocemos siquiera el lugar en el bosque, pero de todo eso podemos contar la historia” y eso fue una vez más suficiente.

Es posible leer esto como el sentido que relatar tiene para Sandra. En una época tan inhumana como la nuestra, donde ya no sabemos encender el fuego y perdimos las oraciones que en otro tiempo consolaban; donde el lugar se borró para convertirse, al menos en México, en un campo de concentración sin alambradas y un largo e interminable tzompantli, nos queda, dice Sandra, el relato como una contención, como una memoria, como el sentido que guarda y conserva la vida, como una brújula. Eso basta para que la noche y el mal no se vuelvan absolutos.





El día que no fue (fragmentos)

Durante meses respiré miedo.

Podría elegir otro comienzo, pero éste es el único honesto. ¿Debería disfrazarlo? ¿Disimularlo? ¿Esconderlo?

Durante meses respiré miedo.

Un miedo turbio, vago, impreciso, pero no por eso menos punzante, que me esperaba a la vuelta de cada esquina, en las escaleras del edificio, en la mirada —demasiado directa, demasiado inquisitiva— del muchacho que me preparaba el café.

¿Alguna vez han sentido miedo? ¿Miedo de verdad? ¿Miedo a ser atacados una noche cualquiera? ¿Miedo a que se vuelvan realidad las peores pesadillas que nos acosan desde niños? ¿Alguna vez le han temido a cada ruido que puebla las noches? ¿A cada silencio?

Durante meses respiré miedo.



Yo que iba a hablar de mujeres, de violencias, de amores y desamores, me convertí casi en mi propio personaje. Como para recordarme que no vale la pura bibliografía de apoyo cuando una va a escribir una historia. Tiene que pasar por la propia piel. Entre las primeras líneas de lo que sería la nueva novela, y esta página que ahora escribo, el mundo se derrumbó. Agazapada e incrédula miré su caída. Primero intenté descifrar lo que sucedía. Después, el terror me envolvió.

Durante meses respiré miedo.

Después nació esta historia.



¿La causa? Un asalto más en esta ciudad acostumbrada a la violencia, dirán. El azar. El destino. El *fatum*. El fado. Y Amália Rodrigues canta recordándome que alguna vez estuve enamorada de Portugal y de sus saudades. Las vidas que no vivimos. ¿Cuánto del destino de cada uno está escrito ya? ¿Dónde? ¿En las estrellas (*Sílabas las estrellas compongan...*, dice un verso de Sor Juana)? ¿En las rayas del tigre? ¿En la palma de la mano? Y vi, en ese instante en que algo se me clavó en las costillas, no el aleph, sino los tejados de Lisboa, el Tágide, la Rua dos Douradores, como si siguiéramos sentadas en aquella terraza, la más entrañable. *Vinho verde*, unas líneas escritas con tinta sepia, un brindis y una promesa. También nací ahí. En el instante del dolor y del miedo —un estilete entrando en mi propia carne—, volvieron el sabor del vino y la chispa de esa mirada de la que no quiero volver a hablar. Justo de eso no quiero hablar. Del amor, de las pieles, de Pessoa leído a dos voces en la terraza de Lisboa. No puedo dejar de temblar. Si esto sigue así sólo podré escribir en lugares públicos para controlarme.



Pero esto no sigue. Ya no seguiré. Una sombra con un picahielos en la mano y unas converse negras; una sombra bañada en vetiver está en la puerta del departamento. No habrá Lisboa nunca más. Ni versos portugueses. El destino es implacable. Tal vez estuviera ya escrito en esa carta astral que jamás quise mirar. Del lugar del nacimiento a esta despedida un poco cutre, un poco mínima. De mal gusto. ¿Quién va a querer hablar, nombrarla, describirla? “Tuvo un accidente”, dirán después del primer regocijo. ¿Conoces a alguien a quien no le gusten los chismes?, me preguntaron el domingo. Un accidente. La promesa escrita con tinta sepia: entonces. El miedo: ahora. Y este final un poco cutre. Como de película de Almodóvar. Cambio a Amália Rodrigues por Chavela Vargas. “Piensa en mí.” El final de *Tacones lejanos*. Me acuerdo que las dos nos enamoramos de Marisa Paredes.

Si tienes un hondo penar, piensa en mí.

Si tienes ganas de llorar, piensa en mí.

Ya ves que venero tu imagen divina,



*tu párvula boca que siendo tan niña
me enseñó a pecar*

... tu párvula boca. ¿Se vale un picahielos una noche cualquiera después de Chavela Vargas? ¿Se vale el vetiver? Un final cutre. Una despedida cualquiera. Un accidente. ¿Me arrancarán los ojos y la lengua? La letra escarlata pintada con mi propia sangre. No hay palabras contra las ganas de no escuchar. *Si tienes un hondo penar...*



Sábado en la noche. Había sido un día más o menos tranquilo después de los rayos y centellas que —como en las caricaturas— volaron toda la semana. Cada una trabajó en lo suyo, hablamos de tonterías: cualquier cosa con tal de olvidar por un rato la tensión. Estábamos agotadas.

¿Vemos una peli?, gritaste desde el cuarto. Y yo acepté. Me tiré en la cama, como siempre, y me abrazaste como siempre. Era volver a casa. Hubiera querido haberme quedado a vivir en el “como siempre”.

Por más que me esfuerzo no recuerdo qué vimos. Era algún melodrama romántico gringo de esos típicos de sábado en la tele. Es lo único que me acuerdo. Y que nos pusimos a llorar las dos. Por los personajes. Por su necesidad. Por su tontería. Parecían los únicos en no darse cuenta que estaban destruyendo lo que más les importaba. *Sounds familiar?*

“¿Qué estamos haciendo?”, me preguntaste.

“Cine de lágrimas” llaman algunos a esas películas.



Como la Quinta das lagrimas que tanto amamos en Coimbra. Allí Inés y Pedro de Portugal vivieron su pasión más allá de la muerte. Su propio “como siempre”.

“¿Qué estamos haciendo?”, me preguntaste.

Pero la bola de nieve ya era imparable. Al día siguiente volví a dormir en el cuarto de abajo.



Extrañar la piel amada. El ancla. El deseo. Extrañar la sensación de llegar a casa; de tener hogar. Reconocer, por sobre todos los demás, los sabores, los olores, las texturas, los huecos, los secretos, los escalofríos, los pudores, de ese cuerpo. Extrañar el espacio y el tiempo para aprenderlo de memoria cada noche. El espacio y el tiempo para recorrerlo con la lengua, con las manos, con el vientre... *No conoce el arte de la navegación quien no ha bogado en el vientre de una mujer*, Peri Rossi dixit. Aferrarse a las palabras, a la pantalla, al teclado, a los puntos y las comas que pausan y permiten de a poquito volver a respirar. Cada uno tiene sus paisajes, el mío es de horizontes abiertos, de ríos, de islas que esconden siempre algún tesoro. Quise alguna vez escribir un libro sobre las islas. “El otoño recorre las islas”, escribió José Carlos Becerra, amando el trópico y a la vez huyendo de él. Una línea une Brindisi, donde murió, y el calor, sus versos y la sangre. Horizontes abiertos, aire que corre, un mar frío con espuma amarilla que se pega a la arena. El viento nos despeina, me enreda el pelo,



nos reímos, tengo ocho años; corremos tratando de agarrar la espuma. O cavamos buscando berberechos. “Esos agujeritos muestran dónde se están escondiendo”, dice papá. Nosotros cavamos a toda velocidad con las manos. Los llevamos al departamento. Después habrá que tirarlos antes de que el olor sea insoportable. El pescado no. La corvina que pescamos en la escollera, la comimos, claro. Ir a pescar es un ritual que cumplimos cada tarde. Cada uno tiene su caña, su reel, su poca o mucha paciencia para esperar. Aprendemos a esperar. Nosotros: los reyes de la impaciencia. Y a veces alguno pica, y llamamos a los gritos a papá. Yo lo veo con la misma admiración con que años después veré (leeré) al viejo de Hemingway peleando con el enorme pez. Cuando es una mojarrita, vuelve al agua; cuando es algo más grande, mamá lo prepara para cenar.



Ese viento y esas risas se mezclan con la que soy hoy. Sigo ansiando el viento y las risas, salir a pescar con papá, correr sobre la arena como un cachorro cualquiera. A veces me agota este tener que estar en el mundo como adulta, me agota la necesidad de estar presente, el esfuerzo por no ser borrada, eliminada, desaparecida. Me quedaría sin pasado, sin memoria. Como en una mala película de ciencia ficción. La gran quema de libros: el humo sube, las páginas crepitan; miro hipnotizada la danza del fuego. La *Kristallnacht*. *Bye, bye love*. *Bye, bye happiness*. *Hello loneliness*. *I know I'm gonna die*, canta Bob Fosse. Pero no *All That Jazz: Cabaret* tengo que cantar. Bailamos alrededor de la pira. La playa en verano, los adolescentes asan salchichas y bombones, y Liza Minelli es una diosa bajo el cielo californiano. Mejor el “borramiento” que la picana. ¿De verdad voy a volver a aquellas historias? ¿De verdad nuevamente las Madres y las Abuelas, y los testimonios y las siluetas? ¿Nuevamente las maletas del



exilio? Empezar una vez y otra. Y la memoria cada vez más parchada. Curitas, golpes, rasguños. Como en las historietas ##@!!%%%&// Palos, trancazos, salen signitos volando por todo el dibujo, y el “malo” aparece en la siguiente viñeta con yesos y moretones, pero listo para seguir. La insoportable banalidad de lo banal.



Vengo de otra parte. Pero no es una cuestión de geografía. Las latitudes y los países poco tienen que ver con esto. Es la suma de barcos y abuelos, migración y trabajo. Exilio. Desaparecidos: los de allá y los de acá. Cuerpos vejados. Cuerpos torturados. Los que ya no están. El miedo que se vuelve orgullo. Las luchas. Ésta es mi historia. Ésta es mi elección. Ésta es mi patria / mi *matria*: la de Tania y su padre secuestrado en México hace más de cuarenta años, la de Paula y el suyo asesinado en Córdoba. La de Yolanda Morán que busca a su hijo Dan, desaparecido en Torreón, Coahuila, en 2008. La de Estela que buscó primero a su hija Laura, asesinada por la dictadura argentina, y después a Guido, nacido en cautiverio. La de Rina que fue secuestrada en 1977 en la provincia de Buenos Aires. La de Analía que se subió a “la Bestia” pero nunca llegó a Estados Unidos.

*Quizás no sea difícil
hay que cerrar los ojos*



*así
y dejarse mecer
por el ritmo del tren
pero no
no dormirse nunca
los ojos bien abiertos
alerta la piel
al borde del grito la garganta
erizada la memoria
ser uno con ellos
con los otros
con los miles que suben
al lomo de la bestia
porque los hijos esperan
porque la patria es un cementerio
y los ojos están poblados de cadáveres
hemos venido a callar*



*apenas un murmullo el nombre completo
el origen la edad
quieren saber desde cuándo estoy muerta
quieren saber cómo y cuándo
cuántos fueron los violentos
qué decían qué gritaban cómo dolía
y el tren sacude los recuerdos
me aferro a los adioses
la última mirada
mamá y la medalla en la mano
es San Antonio dijo
para que vuelvas pronto
pero si aún no me he ido
una no se va nunca aunque se vaya
una lleva su tierra en la mirada
una sabe el nombre secreto
de los pájaros*



*me agarro como puedo para no caer
en la nostalgia
me agarro como puedo de este tren
de los sueños
pero soy pesadilla
aquí
muda¹*

Ésta es mi gente. No es cuestión de geografía. Es cuestión de historia.

¹ En mayo de 2016, el poeta Mardonio Carballo y el colectivo “Artistas contra la Discriminación” me invitaron a sumarme al proyecto artístico-literario llamado “Montar la bestia”. Este poema fue mi contribución. Desde entonces la exposición, formada por obra plástica y poética, ha sido expuesta en decenas de ciudades de México y Estados Unidos.



Y las fotos. Tal vez nada me impresionó más que las fotos. Ahora no quiero abrir ninguna de las cajas por miedo a que haya más. A que todas las fotos hayan sido repartidas en esas cajas de cartón. Están cortadas. Unas con tijera, otras con las manos, habiéndoles arrancado un pedazo, con saña, con odio, con dolor. Repartidas en las cajas. Todas. Nada me impresiona más que estas imágenes. Quisiera arrodillarme y juntar los pedazos. Juntar nuestros pedazos. Volver a armar los rostros, las sonrisas, la memoria. Salvar lo que fue de las garras de lo que es. Salvar lo que fue de la furia de hoy, de los aullidos, del llanto. En ellas está la historia, los atardeceres, las sonrisas, las pieles, los hijos, la celebración de la vida. *Lejaim!* ¿Tenemos derecho a ensuciar el pasado, a destruirlo? ¿A hacer de él una foto de la que se arranca la felicidad? La memoria no existe sin su relato y ese relato va cambiando permanentemente; revisitamos el pasado para adjudicarle luces y sombras que son creadas por nuestra mirada de hoy. Transformamos esas imágenes, las leemos de otro modo, les damos un valor diferente al que le



dábamos años antes, o meses antes. Cada uno hará su relectura. Dejemos lo impersonal, no tiene sentido ya la renuncia a la primera persona: cada una de nosotras, cada una de nosotras dos, tú y yo, haremos lecturas diferentes de esas imágenes. Para las dos será doloroso. Para las dos estará siempre en ellas la muerte, como dice Barthes. *Memento mori*. Cortarlas, romperlas, es imponer una sola lectura, es cancelar las miradas futuras, es condenarlas a la única dimensión de la condena. Ahora me resuena la palabra “silenciamiento”. Se silencian las otras interpretaciones, las otras lecturas, la nostalgia, el amor. Queda lo agónico. La violencia. Silenciar es impedir la palabra del otro. Silenciar es borrar mi voz, mi cuerpo. Hacerlos desaparecer de la historia. Un escalofrío me atraviesa la piel. Hija también de los que no están, de los que murieron al sur de todos los sures —cancelados, silenciados, borrados—, un escalofrío me atraviesa la piel. No abro las cajas. Las encimo. Una sobre otra algún día dejarán de ser memoria del horror. Algún día volverán a tener la suavidad de las caricias cómplices, el recuerdo del gesto amoroso.



Lo que quiero decir es que esto ya lo viví. El miedo. Teníamos apenas quince años cuando empezaron a parar los colectivos y a hacernos bajar, apuntándonos con las armas. “¡Documentos!”, gritaban. Los hombres de un lado, las mujeres del otro. Temblábamos. Y eso que aún no conocíamos las historias. Éramos todavía el pasado de un futuro aterrador. El de los treinta mil. El de las placas negras que acaricio en el Parque de la Memoria. “¡Documentos!” Nos rozábamos las manos, o los brazos, para saber que no estábamos solas. Mamá me decía siempre antes de que saliera: “¿Llevás el DNI?” El DNI en la mochila, el pelo recogido con vincha y hebilla, el guardapolvo a la altura de la rodilla, medias tres cuartos azules, mocasines, identificador con el nombre sobre el escudo de la escuela. Cuerpos disciplinados. Eso éramos. Lo único libre era el nombre del colegio: Escuela Nacional Normal Mixta Gral. José Gervasio Artigas, San Fernando. ¡Artigas! Aprendíamos el himno del general de hombres libres (*El Padre nuestro Artigas / señor de nuestra tierra / que como*



un sol llevaba / la libertad en pos) y el himno uruguayo, claro (*Orientales, la patria o la tumba. Libertad o con gloria morir*), mientras al otro lado del Río de la Plata la represión ya había comenzado. La patria o la tumba.

“¡Documentos!” Ni nos mirábamos al bajar. Sólo el roce de las manos o los brazos. Éramos todavía el pasado de un futuro que ya estaba ahí. El huevo de la serpiente. Nos dejaban ir. Silencio total adentro del 365. El miedo nos ahogaba las palabras.

*Levántate y ve a la ciudad asesinada
y con tus propios ojos verás, y con tus manos
sentirás
en las cercas y sobre los árboles y en los muros
la sangre seca y los cerebros duros de los
muertos...*

Bialik le cantaba a Odesa. Quizás viviera en la misma calle en que nació mi abuela, como los padres de Margo Glantz. Pero estábamos en Buenos



Aires, era 1975, y habían pasado setenta años de aquellos pogromos que hicieron que sus padres y mis bisabuelos cruzaran el Atlántico. “No puede ser”, decía mi abuela, comunista convencida, cuando le contábamos lo que pasaba. “No puede ser, no puede ser.” Ella llevaba grabados en los huesos los gritos de los cosacos. La memoria del cuerpo. Como el gen maldito de nuestras mujeres.

Una vez vimos cómo se llevaban a un hombre. Debía ser obrero de alguna de las fábricas de la zona. De la Ford tal vez. Después nos enteramos que en la planta de Pacheco había funcionado un centro clandestino de detención. Era tan cerca de casa que me da escalofríos pensarlo. Podría haber sido paciente de mi papá, o el tío de alguna de mis compañeras de la primaria.

Esa tarde nos paramos en la banquina. Acabábamos de cruzar el río Reconquista. Yuyos, basura. El río bajo. El olor a podrido. Ya sabíamos lo que seguía. Buscamos el DNI. Catorce millones quinientos noventa y un mil ochocientos setenta y nueve. No había nadie que no se supiera el número de memoria. Hace más de cuarenta años que no tengo que



decirlo, pero no se me olvida. Como nuestro primer número de teléfono: siete cuatro cuatro seis cero nueve seis. El número de la casa a la que nunca volvimos. Bajamos. A los hombres los pusieron de espaldas a nosotras, con las manos en alto contra la chapa pintada de azul del colectivo. “La Independencia”, decía. Era el nombre de la compañía. Lo juro. Puente Saavedra-José C. Paz-Luján. Los palparon de armas y a uno se lo llevaron.

Así, como si tal cosa, subimos al colectivo todos menos uno. Nunca lo había contado. Clase 60: no fui protagonista de nada. Apenas testigo inconsciente del modo en que se naturalizaba el espanto.

Esto ya lo viví. El miedo, digo.



Explorar el deseo. Explorarlo como si fuera una selva ignota: poner pie allí por primera vez y dejarme llevar por el entretejido de caminos y veredas que se abren entre los mil tonos de verde.

Explorar el deseo como se explora un nuevo continente; trazando mapas, imaginando ciudades, descubriendo vestigios, inventando mitos.

Explorar el deseo como se explora el universo: mirando las estrellas, los planetas, los soles más lejanos. Buscando en última instancia la música de las esferas.

Explorar el deseo como se explora el cuerpo amado: con minuciosidad, con lentitud, con la curiosidad de un entomólogo. Poniéndolo bajo la lente del microscopio para aprenderle todos sus resquicios. Añorándolo antes de tiempo. Recorriéndolo con la lengua. Oliéndolo, sorbiéndolo, saboreándolo.

Olvidar el miedo.



Me despierto y siento un hueco en el estómago. Miro por la ventana. Respiro. Respirar puede no ser un gesto automático. Pongo mi cuerpo todo en ello; a conciencia: el aire entra y sale, de a poco, tratando de evitar las zonas dolorosas, tratando de evitar las zonas de los recuerdos. Tanto hablar de la memoria para venir a caer en esta búsqueda que me lleve al olvido, a la ausencia de todo aquello que tenga que ver con otra vida.

Andar los caminos del desamor es un viaje extraño: al fondo de mí misma queriendo no encontrarme.

Tengo que contar una historia. No hay otra cosa que importe. Muchas historias para salir del encierro de mi propia piel. O para ser capaz de descubrirle un nuevo sentido. Un nuevo deseo que me inunde completa, que me haga olvidar puertos conocidos. Una historia de amor y desamor, y viceversa. Prefiero viceversa.

Tengo que contar una historia. Nombres, lugares, acciones. Algo más que estas palabras que van apareciendo desde los quiebres. Algo más.



*Pudo haber pasado
pude haberme sumergido completa en tu
piel
pude haber aprendido idiomas antiguos
para susurrarte todas las historias
pude haber bordado entre tus piernas
el relato de mi desconsuelo
pude haber muerto en tus brazos
después de la peor de las batallas
o rastreado en tus ojos la huella de otros
viajes
pude haber llorado ante los siete mares
las manos cubiertas de musgo
como un barco hundido hace
mil años
pude haber sido la que te arrullara cada
noche*



*y repitiera contigo los nombres secretos...
Pudo haber pasado
pero estoy sin cuerpo y sin palabras
sin la voz que me heredaron mis abuelas
sin las migas de pan que marcaban el
camino
Pudo haber pasado como pasan
los ríos
y el viento*

Dos chicas de trece años se suicidaron en Michoacán. Se habían enamorado, pero las presiones de la familia, de sus compañeros, de la gente que las rodeaba, las llevaron a preferir la muerte juntas que la vida separadas. Ese suicidio me hizo pensar en mi miedo a mis propios trece años. O no. El miedo llegó después.

Hasta que un día apareció la piel que me hizo olvidar todo aquello que no fuera mi deseo de sumergirme en ella.

Tengo que recordarlo.



La ducha está abierta. Tania tiene a su bebé en brazos. Le gusta bañarlo así. Pegado a su cuerpo. Sintiendo la piel suave y dulce de su hijo contra su propia piel. Hace unos meses que repite el ritual cada mañana. Puro placer en esos pocos minutos: carcajadas del niño, juegos, mimos. Menos hoy. Hoy Tania llora mientras sostiene a un desconcertado Teo bajo el agua. Tampoco ella entiende qué le pasa. Tendría que ser un día de felicidad: el pequeño está cumpliendo once meses.

Once meses.

Ésa era la edad justa que tenía Pável, el hermano de Tania, cuando su padre fue secuestrado. Sara, la mamá, tenía cinco meses de embarazo, faltaban aún cuatro para que naciera Tania.

Rafael Ramírez Duarte fue secuestrado por la Brigada Blanca y llevado al Campo Militar Número Uno donde lo torturaron salvajemente delante de tres de sus hermanos y de un primo. Otro de sus hermanos, Juan, fue acribillado meses después frente a un mercado.



Rafael estudiaba Economía en la UNAM y militaba en la Liga Comunista 23 de septiembre. Nunca más apareció. Era el 9 de junio de 1977, la negra época de Miguel Nazar Haro, titular de la Dirección Federal de Seguridad, al que llamaban “El sanguinario”.

Tania niña se ponía la ropa de ese padre al que nunca conoció para saber cómo olía. Preguntaba si le gustaba el café con azúcar como a ella, o si jugaba al fútbol. Se imaginaba que le enseñaba a andar en bicicleta y que le contaba cuentos antes de dormir.

Con el retrato de su padre colgado al cuello, acompañaba a su mamá y a su abuela, a reunirse con las “Doñas” —como se llamaban a sí mismas las mujeres que buscaban a sus hijos víctimas del terrorismo de Estado— frente a la Catedral de la Ciudad de México.

“Apostaron a arruinarnos, a aniquilarnos, a vernos llorar, y nosotros apostamos a disfrutar de la vida como expresión de radicalidad política. En la alegría hay una forma de victoria.”

“Soy hija de un desaparecido”, me dijo esa tarde después de la clase. Estábamos en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y yo había hablado



de las dictaduras del Cono Sur. De las Abuelas, de las Madres, de los H.I.J.O.S. De las torturas. De los rituales imposibles. ¿Dónde rendirle culto a nuestros muertos? “Pero ¿naciste acá o allá?”, le pregunté con ridícula ingenuidad. “Soy hija de un desaparecido de México”, me contestó con orgullo.

En la sala de la casa familiar siempre ha habido una gran foto de Rafael acompañando la vida cotidiana de su mujer y sus hijos. A los treinta años de su secuestro Tania le escribió:

Papá, nos deben que podamos mirarnos a los ojos y entendernos sin mediar palabra. Nos deben los cumpleaños, uno mío por cada uno sin ti. Nos deben el cariño hasta la médula que ya nos tenemos, y abrazarnos yo colgada de tu cuello. Nos deben las fotos familiares con cuatro, siempre con cuatro. Nos deben treinta años de luchitas de almohadas y treinta años de besos de nariz. Nos deben a mi tío Juan y a mi tía Mary. Nos deben mi mano chiquita en tu mano. Nos deben treinta años de alegría, a ti, a Pável, a Sara y a mí. Treinta años por cuatro: nos deben 120 años de alegría.



Yo vivía el exilio. Tania esa ausencia.

¿Y los demás?, me pregunté.

No.

Me lo pregunto ahora mientras escribo.

No en 1977 cuando desaparecieron a Rafael. Tampoco en 1997 mientras hablaba de las dictaduras en un aula de la Facultad. Me lo pregunto ahora: ¿vos dónde estabas?



*Levántate y ve a la ciudad asesinada
y con tus propios ojos verás, y con tus manos
sentirás
en las cercas y sobre los árboles y en los muros
la sangre seca y los cerebros duros de los
muertos...*

Durante años me dio vueltas este poema.

Quizás menos por Bialik que por mi abuela.

Como si su exilio y el mío fueran uno solo.

Absurdo: ella tenía sólo nueve meses cuando subió en brazos de su madre al barco que la llevaría al sur.

Como si su miedo y el mío fueran uno solo.

En la piel, las huellas; vestigios de eso que no vio ni entendió.

Gritos.



Golpes.

El cuerpo de la *bobe* cubriéndola.

Y después —siempre lo cuento— los tangos más reos.

Muerta de la risa nos decía:

“Mi mamá me lavaba la boca con jabón cuando me escuchaba.”

Garufa, pucha que sos divertido.

La moral comunista no permitía desvíos.

Al final de cuentas era una niña.

Y habían escapado de la ciudad asesinada.

Dos hermanas nacieron con la marca en las entrañas.

Al sur de todos los sures.

Dos hermanas que murieron antes de los veinte años.

Una, enloquecida, se colgó en una habitación del hotel de su padre.

Tenía ¿diecisiete?, ¿dieciocho?

Prohibido suicidarse en primavera, me regaló mi madre cuando yo era apenas adolescente.

El mensaje era claro.



La otra hermana pasó meses en el hospital.

La locura y el cáncer: las dos marcas de nuestras mujeres.

Pero también la risa, los tangos a pesar del jabón, los pinceles con colores brillantes.

Y las manos.

Fuertes.

Grandes.

Con venas oscuras que recuerdan más a las campesinas del Mediterráneo que a la raza del libro.

Tengo una foto.

Lo digo así porque es de las pocas que salvamos de nuestra propia ciudad asesinada. La del sur.

La *bobe* sentada (y yo que sueño con regazos tibios de mujeres, agradezco las caderas generosas) arrojando a mi madre que entonces no era mi madre sino una niña de apenas seis o siete años.

Y el miedo parece tan lejano, tan ajeno.

Prohibido suicidarse en primavera.



Antes los gritos, los golpes, los insultos, en la ciudad asesinada.

La sangre seca y los cerebros duros de los muertos.

Después los gritos, los golpes, los insultos, en otra ciudad que agonizaba.

Había pasado más de medio siglo.

Habían cruzado el océano.

Habían reído y cantado en noches de vodka.

Más rusos que judíos.

Habían recitado largos poemas en idisch y en castellano.

Más porteños que rusos.

El río no era el mar pero se le parecía.

Ese mismo que luego fue tumba de tantos.

En el monumento que recuerda a los treinta mil voy acariciando los nombres de mi gente.

...y con tus propios ojos verás, y con tus manos sentirás... había escrito Bialik.

Como acaricio con un dedo el rostro de niña de mamá.

Una de las pocas fotos que salvamos.



Fuimos envejeciendo casi sin imágenes, mi abuela, mi madre y yo.

En el cuerpo los vestigios del miedo: semillas de cáncer y locura.

Pero también la ternura y la risa.

El olor a pan recién hecho.

Enraizadas en los cuerpos amados, no es fácil borrarlos de la faz de la tierra.



Leo una novela tras otra. Todas sobre rupturas. Tendría que escuchar tangos o boleros, sentarme con un tequila, con el aparato de música a todo volumen, y llorar de una estúpida vez. Llorar todo. Llorarme todo, dirían los argentinos. “Llóralo y cierra este proceso. Llórala”, fue el último consejo que me dieron. Casi una orden. “Rodar y rodar”: el que sigue siendo el rey. “Llorar y llorar”: yo. Pero no. Aquí sigo tratando de entender, repitiendo escenas, sintiéndome traicionada. Asustada. Dolida. Basta. Me doy vergüenza. Quisiera agregar “ajena” (¿se usa en otros países “vergüenza ajena” o “pena ajena”, o sólo en México?). Ojalá. Ojalá fuera ajena.

Vuelvo a *La mujer rota*. ¿No le dio vergüenza a Simona? Fuma, escucha a Mozart y escribe en primera persona. Se siente libre. Pero ése es el cierre, aunque sea la primera página. Todos lo dicen: “Vas a ver lo bien que te vas a sentir”. ¿Cuándo? ¿Falta mucho?, tengo ganas de preguntar, como cuando éramos chicos y salíamos de viaje en el auto. ¿Falta mucho? Y entonces mamá empezaba a cantar. “Ay, Carmela”, “Bella, ciao”, “Bandiera rossa”...



Mi madre era una militante de la canción. Y después seguían las zambas, las milongas, María Elena Walsh... *Manuelita vivía en Pehuajó, pero un día se marchó...* Ay, Carmela, digo yo ahora que me parezco cada vez más a esa tortuga con ganas de cruzar el mar, de enamorarme de “un tortugo que pasó”, o de otra tortuga (una no aprende nunca). Dulce. Suave. ¿Falta mucho, mamá?

Afuera, sobre esa jacaranda que la suerte ha puesto junto a mi ventana, los pájaros parecen bendecir el día. Su alboroto tapa por un rato los ruidos de los camiones que se escuchan no tan lejos como yo quisiera. Me aferro a eso: a las flores —las jacarandas hacen que marzo y abril sean los meses más bellos en esta ciudad en la que escribo. *Al este y al oeste llueve y lloverá una flor y otra flor celeste del jacarandá*—, a los trinos de los pájaros, incluso al ruido de los autos que pasan. ¿No es muy ruidoso el nuevo departamento?, me preguntan. Y yo pienso que más miedo me da el silencio. Pero no lo digo. No aún.

Para Simona es septiembre. Maurice se va a un congreso a Roma. El placer de la libertad reencontrada. ¿Falta mucho?



“¡Te necesito y no estás aquí!”, quiere escribir en un papel para que él lo vea al entrar. Antes de saber que él ya no entrará más que para decirle que aquel es el final. “¡Te necesito y no estás aquí!” ¿Cuántas veces he pensado alguna frase similar en los últimos meses? Te necesito porque tengo miedo. Porque te tengo miedo. Una noche cualquiera. Unas converse negras. Un picahielos. Maurice ya no lee, ya no escucha música, ya no pasean juntos por París. Y ella imagina que es su profesión la que lo distrae de la vida. Sospecho que todas las mujeres les hacemos los mismos reclamos a los maridos. ¿También nosotras? “Curiosa cosa, un diario: lo que uno calla es más importante que lo que anota.” Lo que se calla... Como siempre se cruza el tema del silencio. Por ahora lo dejo de lado. Por ahora.

“Sí, algo ha cambiado puesto que escribo acerca de él, de mí, a sus espaldas. Si él lo hubiera hecho, me sentiría traicionada. Éramos, el uno para el otro, una absoluta transparencia.” La una para la otra. Unas converse negras. Un picahielos. La traición. “Si me engañaras, me mataría.” Monique, *la femme rompue*. No morimos de pena. No nos matamos. Eso es lo más triste. Bajamos la cabeza, arrastramos los pies, el cuerpo pesa



toneladas, el mundo se vuelve hostil, desconocido. Pero no morimos. Apenas lagrimeamos. Llorar de una estúpida vez. Llorar todo. Llorarme todo. Hasta la desaparición total. Hasta la desintegración de los propios huesos. Mucho tango. Mucho bolero. Demasiado.

“Me están serruchando el corazón con un serrucho de dientes muy agudos.” (Simona)

Llorar hasta el indigno hipo.



Me duele el cuerpo.

El cuerpo digo, no el corazón, no los recuerdos.

El cuerpo.

El brazo derecho. La pierna izquierda. Las cervicales.

Después de unas horas: una costilla o un pie.

Dicen que necesito un diagnóstico. Yo creo que necesito dormir.

Cien años.

Estiramientos. Relajación. Meditación.

Todos opinan.

Ácido láctico, explican. Agujetas.

“Deja ir.”

El cuerpo, les digo. No el corazón. No los recuerdos.

Huesos. Músculos. Tendones.

La adrenalina peor que el punzón que se clava en la carne.

Párate. Camina. Es la posición. El estrés.



Empiezo a usar palabras nuevas.

Términos raros. Ajenos.

Psoas, por ejemplo. Tejido conectivo. Reacción de huida. Acortamiento muscular.

Mantener el equilibrio requiere esfuerzo. Hablo del esqueleto.

No tambalearse. No inclinarse. No caer.

Hace años tuve un virus. En el oído izquierdo. Durante semanas cualquier movimiento de la cabeza, o incluso de la mirada, hacía que me mareara.

Que tambaleara. Que me inclinara. Que cayera.

Ahora me duele el cuerpo. No el corazón. No los recuerdos.

El esternón. Una rodilla.

El fémur.

Poca cosa.



“Vengo de otro lado.” Me dormí con esa frase dándome vueltas en la cabeza, y fue lo primero que pensé al despertar. “Vengo de otro lado.” Ayer recibí dos fotos que me estremecieron. Me las mandó mi primo. Las encontró cuando estaba buscando fotografías para la marcha por los derechos humanos. Una vez más la plaza. Una vez más la memoria. Una vez más la bronca y el dolor. Revolviendo en esos álbumes familiares que ninguno de nosotros se atreve a mirar completo nunca, aparecieron estas dos imágenes. Subrayo la palabra aparecieron. Extraña en este contexto. Clara. Fuerte. No feliz.

A la izquierda, Rina, la mamá de mis primos, el día de su casamiento. Tenía diecisiete años. A la derecha, mi madre, de treinta (¡la edad que hoy tiene mi hija!) El gesto de complicidad entre ambas me conmueve. *Memento mori*. Mis padres habían viajado a Córdoba para el casamiento; una ciudad que para mí estará siempre unida a Rina, a Luis, a los chicos. La casa estaba muy cerca de la penitenciaría. Quién lo hubiera dicho. Irma



y Pánfilo tenían el tallercito de sastre y un acento italiano que seguía allí después de tres décadas de haber salido *d'il suo paese*. Crecí rodeada de esos acentos: los múltiples de los “tanos”, de los gallegos, de los portugueses, de los polacos, de los alemanes, de los japoneses, de los rusos. Eran casi parte del paisaje. También los de santiagueños y correntinos. Me parecían normales. Me parecía normal la mezcla de apellidos de todos mis compañeritos de la primaria. Recién cuando yo misma llegué con mi tono de adolescente porteña a este país en el que ya llevo más de cuarenta años, empecé a pensar en la memoria que encerraban esos acentos. En las historias. En la pobreza, en la violencia, en los barcos, en los autobuses, en las despedidas. Empecé a pensar en la pregunta “¿qué salvarías en un naufragio?”, a tratar de imaginar esos baúles pobres, esas valijas de cartón, esa poca ropa, una que otra foto, algún documento. ¿Qué habían puesto en ellas nuestros abuelos? ¿Qué habían querido salvar? ¿Qué habían *podido* salvar? Al final creo que vuelvo siempre a los mismos cuentos. Durante muchos años hice todo lo posible por disimular mi propio acento (sin lograrlo del todo, claro). Pero ahora esta mezcla rara —estas “eses” aspiradas que cada tanto se me escapan, estas



palabras que ya no cambio porque igual me entienden— es cada vez más evidente. Al final ¿por qué tendría que disimularlo/borrarlo/desaparecerlo (otra vez este verbo vuelto sustantivo por la brutalidad de la historia)? ¿Por qué tendría que ocultar que “vengo de otro lado”?

Era el año 67. Yo iba a “primero superior”. Soy de la última generación que hizo primero superior. Después ya fue directamente segundo grado. Soy antediluviana (casi). Mi maestra se llamaba Lidia Tudino y nos enseñaba a contar con frasquitos vacíos de inyecciones. ¿Estaba enferma acaso? ¿Tenía un enfermo en casa? Como los acentos de los vecinos, los frasquitos ordenados dentro de esas cajas de zapatos forradas con papel floreado, eran parte de la normalidad de mi mundo infantil.

Rina iba todavía a la secundaria y volvía a su casa con el guardapolvo blanco y esa manera tan suya de sonreír con todo el cuerpo.

Papá ve la foto y me cuenta algunas cosas. Me aferro no al *grand récit*: “La pasamos muy bien”, “Rina era una dulzura”, “Estaban fulanito y menganito” ... sino a los detalles más ridículos: “A mamá se le había terminado el champú en Carlos Paz”. Esa frase revive para mí algo que no



viví, más que todos los relatos “oficiales”. A mi mamá se le había terminado el champú, pienso, y ahí están la boda, los paisajes cordobeses, la cámara de mi papá, las complicidades de lo que serían más de cincuenta años de vida compartida. Y esa carencia, ese champú que no tuvo en ese momento, es una más de las ausencias que salvaría en mi naufragio.

A Rina se la llevaron tal vez un 12 de mayo. Mis primos —el mayor, Ernesto, es el que aparece en esta foto—, y los otros chicos que vivían en esa casa de la provincia de Buenos Aires donde se imprimía el órgano del partido, lo llaman “el día que no fue”. “El día que no fue” podría ser el título de una novela (¿de ésta?) Le dicen así a esa fecha que pusieron un poco por intuición, otro poco por deducción. “Me acuerdo que era viernes y que yo volvía contento de la escuela porque el lunes era feriado”, dice Ernesto. “Todos nos preguntaban: ¿cuándo fue? ¿Cuándo se los llevaron? ¿Cuándo los dejaron a ustedes en el orfanato? ¿Cuándo los buscaron los abuelos? Y yo tenía nada más que ocho años y no me acordaba bien, así que medio inventé las fechas. Pensaba en esas cosas: la escuela, el feriado, lo que contaban los abuelos, y dije 12 de mayo. Y dije: estuvimos cuarenta



y dos días encerrados en el orfanato. Y dije: tuve un hermanito que nació entre noviembre y diciembre.” Siempre es bueno tener una fecha. Y un lugar. Pero el cuerpo de Rina no ha aparecido todavía. La recordamos así, en el aire, en las fotos, en la piel.

Ella tiene al bebé en brazos y sonrío. Él mira serio o enojado o molesto a la cámara. ¿Sabe ya lo que todavía no ha pasado?

Vengo de otro lado, quiero gritarles a los que hoy esperan que me grave una A en el pecho, como Hester Prynne en *La letra escarlata*. Vengo de ese otro lado de la vida: del lado de mis muertos, del lado de los abuelos y bisabuelos de acentos extraños, del lado del lagarto y la lagarta que lloran, del lado del cerebro reptiliano, del lado en que las mamás se quedan sin champú o pueden desaparecer un día que no fue.

Mi tatuaje dirá “Vengo de otro lado”. ¿En cirílico? ¿En hebreo? ¿En italiano?

Irma y Pánfilo (dos hijos asesinados y un nieto desaparecido en el 76), nos recibían (en el 68) con un tazón de café con leche y el más delicioso pan con manteca y azúcar del que tengo memoria. De Casalanguida



(42°02'00" latitud norte, 13 kilómetros cuadrados, 1 079 habitantes hoy) entre los Abruzzos y el Adriático, a ese barrio de laburantes de Córdoba (31°25'00" latitud sur). Desde la ventana de la cocina se veía la cárcel. Faltaba un año para el Cordobazo. *Vengo da un'altra parte.*



Tuve mi propio 68. No fue el de París, ni el de Praga, ni el de Tlatelolco. No tuvo consignas, ni demandas, ni amor libre, ni barricadas. Tenía ocho años. *Kintsugi*. El relato se pierde en el camino de polvo dorado. Ahí están los silencios. Rasco. ¿No se trata de eso? ¿De sumergirse en los quiebres? Si hay que contar, contemos. “Si hay que ir, se va”, dicen en Canarias. Vamos, entonces.

Ocho años e invierno. Papá que no vuelve del hospital de Tigre donde trabaja en las mañanas. Estamos sentados a la mesa mamá, Pablo y yo. Papá no vuelve. Está preso. Pero todavía no lo sabemos. Alguien busca a mamá para contárselo. No se dice “preso”, aprendo. Se dice “a disposición del poder ejecutivo”. No. Tampoco se dice eso. No se dice nada. Afuera de casa se guarda silencio. Adentro se dice “papá no está”. Le escribimos cartas. Le hacemos dibujos. No se nos ocurre preguntar qué hizo, por qué está en la cárcel. Hace mucho que sabemos que los buenos están presos y los malos en el gobierno. Papá es bueno. Mi abuelo también es bueno



porque viene a atender el consultorio. Aunque no esté preso es bueno. Aunque haga llorar a mamá. “Ustedes no piensan en sus hijos”, le dice. “Si siguen así van a terminar todos muertos.” Tuvo más intuición que los treinta mil desaparecidos de los setenta, el abuelo. “Los van a matar a todos”, dice. Pablo y yo escribimos cartas. Sin saberlo estamos ensayando el futuro.

Pero mi 68 no fue sólo papá preso. Fue también aprender a callar. No digan nada en la escuela. No les digan nada a sus amigos. No lo comenten, decía mamá. ¿Ser bueno era un secreto? Por mucho que nos dijeran que no había hecho nada malo, me daba vergüenza. Me daba vergüenza callar o mentir; me daba vergüenza que estuviera en la comisaría.

Además, íbamos a tener un hermanito. ¿Y si el abuelo tenía razón y nos mataban a todos?

En el cuarto que compartíamos Pablo y yo, había ya una cunita blanca esperando al bebé. Pero no llegó. Mis padres volvieron del hospital sin ella. Esa nena chiquitita que habíamos visto en la incubadora se quedó



para siempre en la “negra espalda del tiempo”.² Fue mi primera ausencia. Nunca digo su nombre. Ni siquiera cuando conozco a alguien que se llama así. Está enterrada en el cementerio de Tigre. NN. Un ensayo de futuro.

Tampoco de esto había que hablar.

Tuve mi propio 68. Y lo odié.

² En su libro *La negra espalda del tiempo*, Javier Marías habla de la muerte de su hermano Juliancito.



Contar y no contar. Decir y no decir. Por tristeza. Por pudor. Porque quién quiere hurgar en la memoria. Quién quiere volver a pasar por el corazón (*re-cordis*). Y quién quiere leer confesiones fragmentarias, confusas, extemporáneas.

Contar y no contar. El abandono, por ejemplo. “Dejar alguien sin cuidado”, dice María Moliner, “una cosa que tiene obligación de cuidar o atender, apartándose o no de ella.” Obligación, dice María Moliner. No habla de placer ni de deseo. Ni siquiera habla de gusto. El problema es mío. Yo pensé siempre en placer, en deseo. Incluso en gusto. A veces el diccionario puede ayudar a la tristeza. No me interesa que me cuiden por obligación.

Me lo han preguntado muchas veces. Cada vez que ese miedo asoma. Cada vez que se convierte en ansiedad, en reclamos. ¿Pero alguna vez te han abandonado? ¿Te dejaron acaso sola de chica en una playa vacía? ¿Te perdiste en alguna ciudad? Hurgar en la memoria. No. No fui una niña



abandonada. Tampoco he sido nunca una amante abandonada. Nunca una mujer que arrastra su llanto por la vida y se lo enrostra a quien quiera verlo. Cuando siento avanzar ese miedo, esa sensación dolorosa del abandonado, del que intuye que pueden dejarlo, cambiarlo por otro, por otra, me voy. Así de fácil. Así de injusto, quizás. No es el abandono realmente. Es la intuición del abandono. El momento en que te imaginas rogando que no te dejen. Que te miren. Que te escuchen. ¿Por obligación?

Entre la ansiedad que puede provocar esa vida de a dos, o el páramo de la soledad, elijo quedarme sola. Por eso fantaseo con comienzos. El momento del enamoramiento absoluto. Cuando sólo somos tú y yo. Vos y yo. Sin ansiedades. Sin miedos.

¿Soy la única que siente eso? ¿La única que le tiene miedo a su propio miedo?

Quisiera aferrarme a una historia que lo explique. Pero no la encuentro. Sólo encuentro mi imagen —bastante penosa, por cierto— de quien se rasca hasta hacerse sangrar. “Todavía no ha llamado. Todavía no ha visto mis mensajes. Hoy no me dijo eso que sabe que tanto me gusta oír...”



Y aparece la sombra de ese abandono sin origen. Debería permanecer impávida. Como esos viejos a los que dejan en las carreteras francesas. Qué estorbo para las vacaciones. Se detienen en alguna estación de servicio. Vamos a tomar algo, mamá. Un refresco para cada uno de los niños. Un té para la abuela. ¿Vamos? Todos se suben al coche. Hasta el perro. Ella queda frente a la taza de té viendo cómo se alejan. Tal vez alguno de los chicos le haga un gesto de adiós por el vidrio trasero. Y ella: impávida.

No ver. No sentir.

Pasarán dos semanas después. ¿No han visto a una anciana que se nos perdió por aquí?

Lo contrario del abandono es la anestesia. Elijoirme. Así de fácil. Así de injusto.

O el país de las sombras largas. ¿No era algo similar lo que pasaba cuando un viejo estaba cercano a la muerte? El libro habla de los esquimales. Pero no: ellos mismos se van. Se alejan. Por pudor. La muerte es un ritual solitario.

Contar y no contar. Decir y no decir.



Hacer de mi miedo un ritual solitario. Me voy. No soporto la ansiedad ni el reclamo. Mi ansiedad. Mis reclamos.

No soporto la patética imagen de la mujer que llora por las calles para que la vean. No soporto ser la mujer que reclama. *La femme rompue.*

No soporto sentir lo que sé que voy a sentir.

Me aferro al afuera. Por eso escribo frente a la ventana. Los pájaros. Las flores que aún quedan en el recién estrenado verde de las jacarandas. Hasta el ruido de los camiones. Tablas de salvación para el naufragio que me amenaza.

Pensé que huía de mí misma pero ¡miserable de mí!, trájeme a mí conmigo.



“Tu madre fue sabia —me dicen—: supo cuándo tenía que morir.” O quizás sólo me lo dijeron una vez, pero a mí se me ha quedado grabado a fuego. ¿Supo su cuerpo adelantarse al horror? ¿Al “borramiento” total de la memoria? Mi abuela murió sin recordar nada: ni su nombre, ni el nuestro, ni el pasado, ni los sueños. A medida que la enfermedad avanzaba, la relación con el espacio y el tiempo se volvía confusa; a veces atemorizante —como cuando no reconocía su casa—, otras veces infinitamente conmovedora —como cuando salía en busca de su propia infancia—. “¿Adónde vas, mamá?” Le preguntaba mi madre, asomándose a la puerta, al escuchar los pasos en el pasillo del cuarto piso (mis padres regresaron a Buenos Aires a vivir a un departamento junto al de mi abuela, justamente para acompañar su vejez). “¿Adónde vas, mamá?” “Al negocio, a buscar a papá”, respondía ella, desde la niña de ocho años que alguna vez había sido. “Al negocio, a buscar a papá”, con un monedero deshilachado y las llaves de la casa en sus manos de viejita de noventa



años. ¿Quién no querría salir una tarde cualquiera a buscar lo más querido del propio pasado?

Mi bisabuelo, León Paley, había fundado el restaurante “Internacional” en 1920, en Corrientes al 2300, frente al Idishe Zeitung, y allí se reunían por la noche periodistas, escritores, actores, pintores... Ése era el mundo que mi abuela salía a buscar casi ochenta años después. En ese barrio caótico y vertiginoso en el que hoy se mezclan los descendientes de aquellos inmigrantes judíos, españoles e italianos de la primera ola, con los nuevos migrantes: coreanos, chinos, bolivianos, peruanos y, claro, miles de argentinos que llegan del interior del país. Increíblemente siempre algún vecino la reconocía y la llevaba de vuelta a la casa de mis padres. “Aquí está doña Luisa. Andaba un poco perdida.”

A veces sus confusiones nos divertían, sobre todo a nosotros, los nietos. Como cuando pensaba que Pablo mi hermano era el hijo de un antiguo novio de mi madre.

Cuando fue mamá quien empezó a olvidarse de las cosas no quisimos aceptarlo. ¡No puede ser que no te acuerdes! ¿Cómo no te vas a acordar?



¡Vamos, intentalo! Nos sentíamos traicionados. Quizás yo más que mis hermanos. Ella no podía estar haciéndonos esto. Con su fragilidad se caía un mundo de certezas, nos quedábamos a la intemperie, huérfanos antes de tiempo. Ella ya se había dado cuenta y tomaba ciertos recaudos para que la debacle no fuera total: anotaba en papelitos las llamadas que recibía, las compras que tenía que hacer, las reuniones de amigas a las que la invitaban. Había papeles por toda la casa, como en Macondo cuando olvidaron los nombres de las cosas, pero nunca aparecía el que hacía falta. Las estrategias eran cada vez menos eficaces. Sabía que el deterioro aumentaría, y ella no quería llegar a los noventa sin recuerdos, sin palabras, sin pasado ni presente. “Tu madre fue sabia —me dicen—: supo cuándo tenía que morirse.”

Leo el conmovedor libro de Paloma Díaz-Mas, *Lo que olvidamos*. Un homenaje a una madre lúcida, brillante, aguda, simpática, coqueta, que poco a poco fue quedando inmersa en un vacío de falta de recuerdos y de desconexión de la realidad. Se trata de un texto dulce y doloroso que habla también de la desmemoria de España. Escrito en primera persona



narra el deterioro paulatino: desde los pequeños olvidos al gran vacío que transforma a la madre en hija que requiere de cuidados, de atención, de paciencia, como una niña pequeña. Y de muchísimo amor. Hay una conexión profunda a través del cuerpo. Las caricias, las sonrisas, los abrazos. ¿Cómo habitamos el cuerpo de nuestra madre? O quizás habría que preguntarse cómo somos habitadas por él.

*Sus dedos vagan, erráticos, sin plan establecido, sin un itinerario, buscando el contacto de mi piel con la suya, y eso también es una caricia, aunque no tenga orden ni concierto.*³

La memoria es también la memoria del cuerpo. ¿Qué queda en nosotros de la huella de la vida de quienes nos precedieron? ¿Son los miedos, las angustias, las alegrías vividas por las marcas que heredamos? A veces pienso que en esa abuela que salía a buscar su pasado por las calles del Once debía

³ Paloma Díaz-Mas, *Lo que olvidamos*, Barcelona, Anagrama, 2016, p. 139.



haber algo del terror de los pogromos de Odesa. ¿Estaba también esa marca en mi madre? ¿Está en mí o en mi hija?

La foto que Díaz-Mas nunca tomó de las manos de su madre entrelazadas a las suyas me recuerda la tarde en que acompañé a mamá a recoger unos estudios; me tomó la mano y me dijo “Sólo pido cinco años más”.

Pero fueron tres meses.

Hay películas y libros sobre el Alzheimer. Historias que nos llegan. Siempre desgarradoras. Nosotros no lo vivimos. Mamá era aún, en el momento de su muerte, una mujer activa, bella, inteligente, creativa (tengo aquí conmigo, como uno de mis talismanes de vida, la libreta cuyas hojas pintó con acuarelas pocos meses antes de morir). Fue sabia, me dicen. No vivimos su deterioro. No tuve que visitarla en una residencia de ancianos. No tuve que volverme su madre. Sus huellas están dentro de mí, cuidadas, protegidas, acariciadas, como esas manos de *Lo que olvidamos*. Ésa es mi herencia.



vengo de otra parte, escribí
no es cuestión de geografía
es cuestión de historia
quería contarlo
con las palabras de ellas
con sus testimonios
con sus confesiones
quería contar
los gritos
la picana
los cuerpos pesados sobre cada una
el sudor
la saliva
las manos
las palabras vulgares



los insultos
la almohada sobre la nariz y la boca
el dolor
la sed
 la infinita sed
los cigarros en la espalda
las uñas arrancadas
el hambre
las ratas
los susurros de las otras
de los otros
las encías que sangran
el miedo
el miedo
el miedo
pero no pude
tendrás que imaginarlo



o recordarlo
tendrás que ponerle las palabras
que yo no me siento con derecho a escribir
tendrás que pensar en tu propio cuerpo violentado
o en el de tu hija
o nieta
secuestrada apenas nacida
nombres
edades
fechas
lugares
de sur
a norte
y a la inversa
de la larga frontera
(cicatriz en el desierto)
al frío más descarnado



los ojos tapados
el olor a encierro
y de pronto
“Hubo como un aire de frescura y un olor a verde —cuenta Beba—
y el trinar de los pájaros
por unos segundos
entre que nos bajaron de un vehículo
y nos entraron a algún lugar...”⁴
el trinar de los pájaros
y el olor a verde
como en los veranos de la infancia
por unos segundos
pero en el horror
una foto en negativo
tendrás que imaginarlo

⁴ http://www.rionegro.com.ar/argentina/el-crudo-relato-de-una-sobreviviente-de-la-tortura-KXRN_718929



ponerle tus palabras
dejar que el escalofrío te recorra la espalda

yo no pude

no puedo

¿con qué derecho?

“nos arrastraban del pelo por el piso,

sabíamos lo que seguía”

“a veces dolía más escuchar los gritos de las otras”

dice alguien

“Sentí el interrogatorio, los insultos, una especie de aullido que sale de la garganta, del cuerpo de uno cuando no puede gritar. Sale un sonido que yo nunca he escuchado nada más humano referido al dolor, que es esa especie de gruñido, que no tenía nada de lo que yo pude sentir en toda mi vida”

“No era un grito,

no era un gemido,

era otra cosa,

era algo que no podía salir...”



el gruñido
el aullido
que no es vida ni es muerte
el aire que no logra entrar a los pulmones
la sed
los ojos vendados
y por unos segundos
el olor a verde
quién sabe qué recuerdos convoca en mí esa imagen
que no puedo decirla sin que se me quiebre la voz
el jardín tal vez
mamá regando las plantas
siempre hay jazmines cuando aparece
siempre es una tarde tibia
y no hay más futuro que ese hoy
el pasto nunca terminaba de crecer
los perros



las lluvias
las bicis
hoy nos reíamos mi hermano y yo acordándonos
¡mirá que se esforzaban!
la memoria tatuada en los huesos
los ojos vendados
el manoseo
una cuenta que quedó embarazada
“no podemos permitirnos ese error”, dijo el comisario
ocho tipos encima no es un error
nunca había podido hablarlo, dice en el juicio
tengo hijos
pero lo recuerdo cada noche
no hay pasado, escribió Alicia,
todo está hoy aquí
todo
hoy



aquí
quería contarlo
no pude



Durante meses respiré miedo.
Un picahielos entrando en la carne.
Una A escrita sobre la piel.
Un rostro arrancado de las fotos.
Un cuerpo sobre las escaleras. Cualquier noche.
Una ausencia.
Los silencios. Los gritos.
Sin tiempo.
Nadie vio nada. Nadie recuerda.
Cualquier noche. Unas converse negras. Vetiver.
Los informes exigidos no lo mencionan.
No hablan de un hombre. En las escaleras.
Un picahielos a las diez.
Quiénes entran. Quiénes salen.
Los informes no lo mencionan.



No hablen. No busquen. No digan.
Borrar. Desaparecer. Sin rastro.
Ni la voz. Ni los cuentos.
El músculo se endurece.
Miles de agujas se clavan.
No hay tiempo para el grito.
Cualquier noche.
Que apunten directo al corazón, si quieren.
Final de melodrama.
Caminaré por el medio de la calle.
Les ahorraré así la búsqueda.
Vengo de otra parte.
Fuimos felices y comimos perdices.
También.
“¡Te necesito y no estás aquí!”
El día que no fue.



Durante meses respiré miedo.
Después, nació esta historia.



Revisión, registro y catalogación: **Maríel Medina Lugo**

Edición de audio: **Cristina Martínez José**

Grabación: **Miguel Ángel Ferrini**

Realizada el 21 de septiembre de 2022

en Radio UNAM

Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

Cuidado editorial: **Patricia Zama**

Coordinación: **Elsa Botello**

Diseño editorial: **Vicente Rojo Cama**

Formación y edición: **Rocío Mireles**

Portada: **Pedro Daniel Guerrero González**



El día que no fue (fragmentos), de la serie Voz Viva de México (VV - 150) a cargo de la Secretaría de Extensión y Proyectos Digitales de la Coordinación de Difusión Cultural, editado por la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, se terminó de imprimir el 16 de octubre de 2023, en los talleres de Gráfica Premier, S. A. de C. V., 5 de Febrero núm. 2309, colonia San Jerónimo Chichahualco, C. P. 52170, Metepec, Estado de México. Para su composición se usaron los tipos Garamond (10/15), (6/7), Gill Sans (17/19) El tiro fue de 500 ejemplares impresos en offset, interiores en bond de 90 gramos y forros en cartulina sulfatada de 14 puntos.